

La historia económica y los economistas

Pedro Tedde

Las principales corrientes actuales de la historia económica

Patrick O'Brien

PAPELES
DE ECONOMÍA ESPAÑOLA

Si en el pasado la razón del trabajo de los economistas en temas históricos fue la de encontrar un campo de pruebas y ejemplos adecuado para sus modelos, en la actualidad es el interés específico del historiador —el de explicar los cambios económicos del pasado— el que ha llevado a muchos economistas a aplicar sus conocimientos y métodos a los problemas de otro tiempo. El análisis de esta evolución metodológica constituye el núcleo de este interesante trabajo del profesor Pedro Tedde, estructurado en tres apartados correspondientes a otras tantas etapas.

Analiza, en primer lugar, el nacimiento de la Historia económica como disciplina autónoma a partir de la hipótesis de que la relación entre la Economía y la Historia económica, entendida como el análisis económico del pasado, pueden encontrarse en los primeros escritos de los modernos filósofos sociales, entre los que destaca la figura de A. Smith, quien en su obra «La Riqueza de las Naciones» justificó el engarce entre el enfoque analítico y la reflexión histórica.

Pero es a partir de la polémica mantenida en Alemania en el s. XIX entre los partidarios del enfoque teórico de la Economía y los defensores del método historicista, cuando realmente la Historia económica comienza a afirmarse como ciencia autónoma, especialmente de la mano de un grupo de economistas ingleses —Ashley, Cunningham, Toynbee, etc.— quienes, influidos por la «escuela

histórica» alemana, y en su afán de aunar tendencias, lograron colocar a la Historia económica en el lugar que hoy ocupa. Las polémicas entre Ashley y J. N. Keynes, de un lado, y entre Cunningham y Marshall, de otro, contribuyeron de forma positiva a esta evolución científica.

En el segundo apartado se analizan las raíces éticas de la Historia económica que, según el autor, se remontan a la preocupación por averiguar las consecuencias negativas que sobre las clases trabajadoras tuvo la revolución industrial. Los trabajos de Toynbee y Marshall, de un lado, y los de Clapham, de otro, aportan importantes conclusiones en este sentido, a partir de posiciones diferentes.

El resto del trabajo constituye un análisis de las sendas confluyentes que siguieron la Economía y la Historia entre 1920 y 1960, período en el que se publican interesantes trabajos que responden a una doble motivación: Una, de carácter metodológico, consistente en un enfoque positivista del análisis económico y otra, suscitada por la confluencia de intereses entre economistas e historiadores sobre determinados fenómenos económicos del momento, tales como los ciclos y el desarrollo económico, entre otros, que serían objeto de estudio, tanto de economistas como de historiadores, a partir de enfoques diferentes pero complementarios, y que culminaron con la aparición, entre 1960 y 1970, de la denominada «nueva Historia económica».

LA HISTORIA ECONOMICA Y LOS ECONOMISTAS

PEDRO TEDDE

1. DE ADAM SMITH A LA INFLUENCIA DE LA ESCUELA HISTORICA ALEMANA: EL NACIMIENTO DE LA HISTORIA ECONOMICA COMO DISCIPLINA AUTONOMA(*)

La relación entre la Economía y la Historia económica, entendida como el análisis económico del pasado, puede encontrarse en los primeros escritos de los modernos filósofos sociales. En *La Riqueza de las Naciones*, y más concretamente en el libro tercero de esta obra, Adam Smith trazó una aguda síntesis de Historia económica comparativa que tituló «De los diferentes progresos de la opulencia en distintas naciones». La justificación del engarce entre el enfoque analítico y la reflexión histórica era, probablemente, para Adam Smith la misma que ha inspirado las páginas, más recientes, dedicadas a problemas de Historia económica de J. M. Keynes, Friedman o Hicks. Si es cierto que la preocupación central del trabajo de Adam Smith era el crecimiento económico, ello implica sostener que su visión de la Economía era una visión a largo plazo, o lo que es igual, una concepción temporal del proceso que lleva desde el estancamiento o la pobreza a la prosperidad económica. Es lógico que, en esas circunstancias, la exposición teórica de las variables y las relaciones que llevan a los diferentes estadios de progreso de una sociedad condujera a la averiguación del comportamiento económico en el pasado y a su comparación con el presente.

No es tampoco casual que cuando los especialistas dedicaron sus esfuerzos preferentes a estudiar los problemas a corto plazo o a analizar los ajustes parciales entre las variables económicas, en vez de considerar el conjunto de la economía

de una sociedad, relegaran a un segundo plano el interés por la Historia. Precisamente en esa época —en los últimos veinte años del siglo XIX— se desató en Alemania una famosa polémica entre algunos de los economistas partidarios de dicho enfoque teórico y otros partidarios, por el contrario, de seguir un método historicista en el estudio de los fenómenos económicos.

Los autores de la llamada «escuela histórica alemana» tuvieron influencia en un pequeño grupo de economistas británicos que, sin abandonar el estudio de la ciencia económica en las fuentes del pensamiento clásico anglosajón, admitieron que resultaba enriquecedora la contrastación del análisis teórico con el estudio empírico de la evolución de las sociedades, tal y como predicaban los historicistas. Esta síntesis queda explicada por Schumpeter cuando, al referirse a la influencia de Schmoller —una de las cimas de la «escuela histórica alemana»— sobre el economista William James Ashley, llega a matizar: «una persona que viviera en Inglaterra no podía entender la teoría económica tan rematadamente mal como Schmoller en la primera parte de su carrera» (1). Pero Ashley fue un partidario decidido de aunar ambas tendencias; el título de su gran obra es significativo sobre este punto: *Introducción a la teoría y la historia económica inglesa*, publicada en 1888 y 1893. Ashley fue el primer titular de una cátedra de Historia económica, en Harvard, en 1891, y perteneció a un brillante grupo de economistas, en realidad dos generaciones de científicos, que inauguraron la inclusión de los estudios históricos en la enseñanza académica de la economía: Thorold Rogers —el predecesor del grupo— W. Cunningham, A. Toynbee, J. Clapham y G. Unwin. Todos fueron excelentes historiadores económicos y enseñaron Economía, entre otras Universidades, en las

de Londres, Oxford y Cambridge. El historiador económico R. M. Hartwell, hace pocos años, los ha definido certeramente al calificar su trabajo de «buena Historia económica tradicional» (2).

Las obras de estos autores aparecieron entre las décadas de 1860 y 1890. Posiblemente, las más señeras, además de la citada de Ashley, fueron la *History of Agriculture and Prices in England, 1259-1793*, de Thorold Rogers, en seis volúmenes, el primero de los cuales se editó en 1866; *Six centuries of work and wages*, del mismo autor (1884); *An Essay on western civilization in its Economic Aspects*, de William Cunningham (1898-1900), y también del mismo, *The Growth of English Industry and Commerce During the Early and Middle Ages* (1882), así como la muy conocida *Lectures on the Industrial Revolution* (1884), de Arnold Toynbee. Hay que subrayar que lo que principalmente caracteriza a estos autores no es el interés hacia la Historia económica, ni siquiera la excelente calidad de sus trabajos, sino su pretensión de aproximar el estudio de la Historia económica a la teoría económica, de hacer del enfoque histórico una vía de conocimiento de la realidad económica y de buscar en el análisis científico del pasado las raíces del comportamiento y de las características de las sociedades del presente.

Se hicieron especialistas en Historia económica como una forma de ser profesionalmente economistas, y detrás de su propia preocupación por la investigación en esa materia había posiciones metodológicas que defendieron en famosas polémicas con otros autores. Así, Ashley, en un trabajo titulado «Sobre el estudio de la Historia económica», afirmaba que era conveniente familiarizar a los estudiantes de Historia con «los rudimentos de la moderna economía política», pues «sus fórmulas suministrarán al historiador económico niveles adecuados de comparación, allí donde pueda percibir de la mejor forma posible cuáles son las notas diferenciales de las condiciones del pasado» (3). Añadía, sin embargo, que la teoría económica clásica limitaba su aplicabilidad a las épocas en que el comercio se ha desarrollado ampliamente y a aquellas sociedades en que la actividad económica adoptó la forma que había adquirido en Inglaterra. Ashley, en 1907, acusó de superficialidad a los economistas neoclásicos que, en su cálculo, olvidan —según este autor— «la naturaleza

humana total y la total historia humana» (4). A diferencia de Ashley, John Neville Keynes, uno de los más brillantes metodólogos de la ciencia económica, sostenía que «la idea de que una mera recolección de material histórico y estadístico puede estar disponible para la ciencia sin el auxilio de la deducción, es justamente tan extravagante como la idea opuesta de que, al margen de deducciones a partir de hipótesis elementales, puede construirse la ciencia en su conjunto» (5). John Neville Keynes afirmó de forma textual que «alguna familiaridad con la teoría económica es esencial para la interpretación de fenómenos industriales en la medida en que caigan dentro del ámbito del historiador» (6). Hoy día son muchos los historiadores económicos que, paradójicamente, están, en lo referente a la necesidad del conocimiento de la economía abstracta, mucho más próximos a la posición de J. N. Keynes que a la de Ashley, uno de los pioneros en la defensa de la Historia económica como disciplina académica dentro de los estudios de economía. Pero, como con frecuencia ocurre en toda polémica, la posición de Ashley no era radicalmente hostil al deductivismo que defendía Keynes; en Harvard, en 1893, había reconocido que «aunque aún hay marcadas diferencias, los seguidores de un método no llegan al punto extremo de mantener que sea el *único* método de investigación científica; [ocurre] por otro lado, que, los creyentes en la inducción ahora reconocen más abiertamente el valor de la deducción; que los más abstractos se refieren, a veces, a los hechos, y los más concretos, ocasionalmente, hacen uso de la abstracción, y lo que es, con mucho, lo más importante, que ambos están inclinados, cualesquiera que sean sus propias vías de pensamiento, a permitir a otros que sigan su camino, e incluso a establecer un encuentro en su trayectoria, en la esperanza benevolente de que puedan llegar con ello a algo valioso» (7). Las diferencias entre Ashley y J. N. Keynes en lo que al estudio de la Historia se refiere, *grosso modo* se limitaban a la pretensión, por el primero, de convertirlo en vía autónoma de conocimiento de la realidad económica, mientras que, para el segundo, el intento de reducir a la vía inductiva el avance de la ciencia era, cuanto menos, esterilizador.

Cunningham, por su parte, protagonizó un debate, en su día sonado, con Marshall. Ordenado sacerdote en 1873, profesor en el King's College de Londres, Cunningham contendió, además, sin

éxito, con el propio Marshall por la cátedra de Economía de la Universidad de Cambridge. Cunningham, al igual que Ashley, tenía una formación económica basada en los clásicos británicos, pero reconoció la influencia recibida de los «historicistas alemanes», y en especial de Roscher. Como economista dedicó gran parte de su esfuerzo intelectual a realizar nuevas ediciones de su obra *The Growth of English Industry and Commerce*, y también a publicar varios ensayos sobre la metodología de la Historia económica y de la ciencia económica (8). Su desconfianza hacia las regularidades y generalizaciones deducidas por los economistas clásicos queda de manifiesto en estas palabras: «No alteraríamos la forma lógica ni cambiaríamos el carácter científico de nuestro estudio, si en vez de forjar una hipótesis singular respecto a la naturaleza humana y la sociedad, y restringir nuestra atención a los fenómenos que pueden estudiarse de acuerdo con ella, estuviésemos preparados para investigar cualesquiera fenómenos económicos, formulando tantos supuestos respecto a los hombres como sean necesarios en relación con las diversas edades que debemos tratar» (9).

Desde esta posición, Cunningham escribió una severa crítica en el *Economic Journal* de septiembre de 1892 —con el intimidatorio título «La perversión de la Historia económica»— a los *Principios de Economía*, de Alfred Marshall, centrando su ataque en las fáciles generalizaciones sobre Historia económica de las que, en su opinión, sería responsable el economista de Cambridge. A Cunningham le escandalizaba la presunción de que «los mismos motivos han actuado en todas las edades y han producido resultados similares, de modo que es posible, de esa manera, formular leyes económicas que describen la acción de las causas en todo lugar y todo tiempo». En concreto, rechazaba Cunningham el intento de Marshall de aplicar la teoría de la renta de la tierra a la Historia medieval —algo que muchos historiadores han hecho después, hasta nuestros días— aunque, en realidad, de lo que trataba el autor de los *Principios* era de aconsejar la aplicación de la teoría ricardiana a los países asiáticos, en busca de una imagen similar a la europea de la Edad Media. Marshall se defendió de ese ataque aduciendo, en primer lugar, que siendo verdad que el comportamiento era guiado por la costumbre en las edades antiguas, ello encerraba frecuentemente ca-

sos de búsqueda del máximo beneficio con el menor coste posible, en un mundo de escasez y con relaciones de intercambio; en segundo lugar, así como un geólogo puede aplicar sus conocimientos de la realidad física de un determinado territorio a la iluminación de las características de un país recién explorado, el historiador puede utilizar la teoría económica para interpretar los datos de épocas lejanas, de las que se posee información incompleta (10).

A la generación de historiadores de finales del siglo XIX pertenecen también Arnold Toynbee y George P. Unwin. Toynbee, quien murió en 1883, a los treinta y un años, enseñó Economía e Historia económica, y fue elogiado por Alfred Marshall, quien dijo de él que había sido «un economista de primera fila, al lado de Jevons o Bagehot» (11). Su libro póstumo, *Lectures on the Industrial Revolution of the Eighteenth Century in England*, fruto de sus clases en Oxford, en 1881 y 1882, contiene, por primera vez, el término «revolución industrial».

Unwin, aunque no economista profesional, estudió las obras de la corriente historicista, principalmente de List y Roscher. Entre sus trabajos más conocidos cuentan *Industrial Organization in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (1904) y *Samuel Oldknow and the Arkwrights* (1924). Fue el primer titular de cátedra de Historia económica en Inglaterra, en Manchester. Parece cierto que la mayor parte de los historiadores económicos británicos de finales del siglo XIX eran heterodoxos respecto a la teoría económica clásica y a sus derivaciones neoclásicas —y, posiblemente por ello, se dedicaron a la Historia económica— como también eran heterodoxos respecto al paradigma político del *laissez-faire*. William J. Ashley defendió, desde un plano académico, la posición proteccionista de Chamberlain, y George P. Unwin se declaró partidario del intervencionismo estatal. Sin embargo, como dice N. B. Harte, en la producción bibliográfica, que alcanzaba ya, a comienzos del presente siglo, una difusión notable, «las generalizaciones se reducían al mínimo; las teorías de todo tipo, tanto jevonsianas, schmollerianas, marxistas, weberianas, como de otro tipo, estaban virtualmente al margen del rumbo (...). El objeto, aunque sin carecer totalmente de caracteres ideo-

lógicos o sistemáticos, se distinguía por un cierto empirismo inglés» (12).

Uno de los autores que mejor representa esta dirección empírica en la historiografía británica es Sir John Clapham, autor, entre otras obras — como una Historia del Banco de Inglaterra —, de tres volúmenes sobre *Economic History of Modern Britain*, el primero de los cuales apareció en 1926, dedicado conjuntamente a Cunningham y Marshall. Un año más tarde se fundaba la Economic History Society y se publicaba el primer número de la *Economic History Review*. Clapham admiraba profundamente a Marshall, de quien afirmaba que era «el historiador económico mayor que había tenido el mundo», citando como prueba el libro *Industry and Trade*, publicado en 1919 (13). Sin embargo, el pragmatismo de Clapham le llevaba a aceptar la separación profesional de economistas e historiadores económicos, unos y otros resguardados por «el gran paraguas que se llama *Investigación sobre la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones*» (14).

2. LAS RAICES ETICAS DE LA HISTORIA ECONOMICA

Se ha afirmado más arriba que los primeros profesionales de la Historia económica anglosajona no desdijeron adoptar posiciones políticas respecto a los problemas de su tiempo, casi siempre al margen o en contra de la filosofía librecambista. Una de las críticas que más comunmente se hacía al sistema económico imperante era la de los costes sociales y morales que implicaba su engrandecimiento, especialmente para las clases trabajadoras. Tal vez pueda afirmarse que una de las raíces de la Historia económica, uno de los agentes que más alentó su desarrollo en Gran Bretaña, a finales del siglo XIX y primeros decenios del XX, fue la preocupación por averiguar las consecuencias negativas que sobre las clases trabajadoras tuvo la revolución industrial. Marx y Engels habían sido claros en sus críticas a la depauperación progresiva para la mayor parte de la población, que, según ellos, acompañaba al proceso de acumulación capitalista (15). La difusión del pensamiento fabiano, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, extendió esta opinión entre amplios sectores políticos e intelectuales. Sus epígonos,

probablemente, fueron los esposos Webb y los Hammond, siendo estos últimos autores de una serie de estudios monográficos en los que se exponía, con vivos rasgos, la pérdida de bienestar de los trabajadores británicos a raíz de la transformación industrial (16).

Igualmente, muchos de los primeros historiadores económicos británicos compartían estos puntos de vista negativos sobre los efectos del cambio económico en la Inglaterra de finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX. Arnold Toynbee, en sus *Lectures on the Industrial Revolution in England*, afirmaba que fue aquél «un período tan desastroso y terrible como ninguno por el que cualquier nación haya pasado alguna vez, ya que junto a un gran incremento de la riqueza se contemplaba un enorme incremento del pauperismo» (17). La opinión pesimista de Toynbee encontraba refrendo en Thorold Rogers y Cunningham, y llegó a convertirse en un juicio generalmente aceptado. Sólo se mostraría una opinión divergente, con fundamentación histórica, en 1926, cuando Sir John Clapham sostuvo la tesis contraria a la inmiseración, dando así lugar a una polémica que, con voces intervinientes tan autorizadas como las de Ashton, Hobsbawm y Hartwell, se ha prolongado hasta el presente.

Un autor en el que cabe observar una fundamentación ética, tanto para su investigación teórica como para sus observaciones históricas, es Marshall (18). En 1890 publicó la primera edición de sus *Principios de Economía*, en donde figuraban dos capítulos sobre «El crecimiento de la libre industria y empresa» que en ediciones posteriores pasaron a constituir un solo apéndice de carácter histórico. El objeto de este apéndice es la evolución económica de la sociedad, a partir de sus orígenes. Marshall acepta como impulsos primarios económicos la acción individual, las cualidades de la raza y la naturaleza física. Así, se repasaban los ejemplos históricos de la economía de la Grecia clásica, de Roma, de los germanos y sarracenos, de las ciudades medievales, de las monarquías absolutas en la Edad Moderna, y de la Inglaterra contemporánea. El análisis histórico más profundo era el dedicado a este último tema. Tras las acostumbradas generalizaciones en torno a la posición geográfica de las Islas Británicas o a los componentes raciales de sus habitantes, Marshall pasa a exponer una síntesis de la lógica

evolutiva del progreso económico inglés a partir del siglo XVIII. Los antecedentes del crecimiento se remontarían a la Edad Media, cuando la agricultura se reorganiza con una mayor penetración del dinero en la actividad económica. La conversión de las cargas señoriales en pagos en metálico, combinadamente con el alza de los salarios reales — que fue una de las consecuencias de la peste negra en el siglo XIV — representó para Marshall, un avance en el progreso del comercio y la productividad. Más tarde, el aprovechamiento por los empresarios de la caída de salarios reales en el siglo XVI y las inversiones, por parte de labradores, en actividades manufactureras, siempre en el ámbito rural de base agraria, pudieron elevar el nivel de actividad económica: «Hubo un gran número de labradores que asumieron la gestión y los riesgos de las manufacturas, aportando algún capital propio, pero tomando el resto a préstamo con interés, y contratando trabajo asalariado. La libre empresa creció, rápida y fuertemente; fue unilateral en su acción y cruel para los pobres. Pero sigue siendo cierto que la gran explotación agraria, de cultivo o ganadería, que funcionó con capital a crédito fue el antecedente de la fábrica inglesa» (19). Esta argumentación histórica, lejos de ser una ilustración erudita, constituyó, en realidad, una de las bases explicativas del capítulo IX de los *Principios*, dedicado a la renta de la tierra.

La apertura de nuevos mercados, a partir de los siglos XV y XVI, llevó, según Marshall, al aumento de la producción manufacturera y a la especialización por productos de las diferentes regiones que participaban del tráfico. El progreso tecnológico condicionaría la localización de las industrias en función de los recursos naturales y energéticos o de los grandes núcleos de población; esto último, a su vez, contribuiría, mediante la atracción de emigrantes, a liberalizar el mercado de trabajo, el cual «durante los últimos cien años ha estado cada vez más determinado por las circunstancias de oferta y demanda en una amplia superficie: una ciudad, un país o el mundo entero» (20).

Marshall estudió con detenimiento las relaciones entre empresarios y trabajadores. En realidad, creía que la investigación de las causas de la pobreza era la de las causas de la degradación moral de la sociedad. Marshall consideró la «nueva raza» de empresarios como hombres que «mirando al éxito conseguido gracias a sus propias ener-

gías, estaban prestos a aceptar que los pobres y débiles debían ser condenados antes que compadecidos por sus desgracias». Glorificaban la individualidad de carácter, y no se apresuraban a encontrar un sustitutivo moderno para los lazos sociales y laborales que mantuvieron juntos a los hombres en épocas antiguas. Al mismo tiempo, los trabajadores ingleses eran consumidores sólo de una pequeña parte de los bienes manufacturados, cuyo precio se abarataba gracias a las innovaciones técnicas; la razón estribaba en el alto precio que debían pagar por los alimentos que disfrutaban de protección arancelaria, impuesta por los representantes de la clase terrateniente en el Parlamento. Así, los salarios de los trabajadores, en la medida en que se gastaban en subsistencia común, equivalían a lo que su trabajo habría producido sobre las tierras más pobres que se ponían en cultivo, una vez que se agotaba la disponibilidad de las tierras más fértiles. Pero, además, los trabajadores no disfrutaban las ventajas de la libertad económica; no tenían capacidad de unión entre sí, ni poseían información acerca del mercado, ni tenían poder para fijar un precio de reserva. El obrero «era urgido a trabajar y a dejar trabajar a su familia durante largas horas, y bajo condiciones insalubres» (21). La miseria moral y física, y el malestar provocado por el trabajo excesivo bajo deficientes condiciones, alcanzó su punto más alto entre la población fabril en el primer cuarto del siglo XIX; disminuyó durante el segundo cuarto, y más rápidamente a partir de entonces.

Marshall creía que esta miseria moral y física fue el precio que se pagó a cambio del enriquecimiento y del aumento de poderío de Gran Bretaña, lo que salvó a este país de ser derrotado por Francia. En los primeros decenios del siglo XIX, eran pocas las lamentaciones contra la libre empresa, y sí, en cambio, numerosas contra las limitaciones a la importación de alimentos, a cambio de la salida de manufacturas, cuya producción era tan fácil. Igualmente, los trabajadores buscaban, antes que el regreso al viejo intervencionismo estatal o estamental, la libertad de asociación.

En realidad, la visión de la Historia económica de la Inglaterra contemporánea, y en general del mundo occidental, reforzaba en Marshall —a diferencia de Marx y Engels— sus expectativas optimistas acerca de un cambio de valores sociales

que no continuara subordinando la dignidad material y moral de la mayor parte de la población al crecimiento industrial. En esto fue un claro adelantado del proceso de formación del *Welfare State* que se iniciaría después de la primera guerra mundial y que, sobre todo, se generalizaría en Europa occidental a partir de 1945. En sus propias palabras: «los poderes de producción se han multiplicado inmensamente; el libre cambio y las comunicaciones a vapor han permitido a una población ascendente obtener suficientes cantidades de alimentos en fáciles condiciones. La renta monetaria de la gente se ha más que duplicado, mientras que el precio de la mayoría de los productos, excepto los alimentos de origen animal y la vivienda, han descendido a la mitad, o incluso más (...). La nación ha crecido en riqueza, en salud, en educación y moralidad, y no estamos obligados ya más a subordinar prácticamente cualquier otra consideración a la necesidad de aumentar la producción total de la industria» (22).

Ciertamente, algunas restricciones al libre comercio o a la libre contratación habían aparecido, pero «no eran impuestas como medio para la dominación de una clase», sino, todo lo contrario, para proteger a los débiles, sobre todo a las mujeres y los niños. Marshall creía en la superior ventaja de haber sustituido por la autodecisión — nacida de los mejores medios de comunicación, del gobierno representativo y de las agrupaciones sindicales — las viejas reglas de la costumbre, demasiado lenta en su desarrollo y demasiado ciega para ser capaz de actuar sólo en caso de que fuera beneficiosa. Marshall pensaba que se iba alcanzando gradualmente un nuevo orden social, en el cual el bien común se sobreponía al capricho individual, con mayor fuerza, incluso, que en épocas antiguas, anteriormente a la afirmación del individualismo. Pero la diferencia estribaría en que la libertad individual se desarrolla en libertad colectiva, mientras que, en la antigüedad, la servidumbre individual respecto a la costumbre provocaba la esclavitud y el estancamiento, «roto sólo por el capricho del despotismo o el capricho de la revolución».

Marshall, en su prospección histórica, no limitó su atención al caso británico. Se ocupó de Norteamérica, a quien auguró que se convertiría, a no tardar, en «el adelantado de la evolución del

resto del mundo», y de Alemania, país en el que se estaba desarrollando una «tendencia natural a descansar más en el gobierno y menos sobre la empresa individual de lo que hacen los ingleses» (23). Asimismo, alababa las ventajas del desarrollo industrial relativamente tardío de Alemania; con un argumento que prefigura la tesis de Gerschenkron del «atraso comparativo», Marshall afirmaba que el desenvolvimiento de las industrias manufactureras alemanas, posterior al de las británicas, permitió a aquellas beneficiarse de la experiencia inglesa.

3. ECONOMIA E HISTORIA ECONOMICA ENTRE 1920 Y 1960: LAS SENDAS CONFLUYENTES

De acuerdo con la previsión de Clapham, la Historia económica pasó a ser, cada vez más, una actividad de especialistas en esa materia, con una formación económica universitaria, principalmente en los países anglosajones, al tiempo que otros economistas, con una preparación distinta y unos fines de carácter más abstracto, se dedicaban al análisis teórico. R. M. Hartwell afirma que el período de 1920 a 1960 tiene menos interés que el anterior, que se cerró en la primera de estas fechas, o el posterior, que llega hasta el presente; una de las razones de ese menor interés sería el alejamiento relativo entre teoría económica e Historia económica (24). Sin embargo, hay que recordar una larga y fructífera serie de trabajos de Historia económica escritos desde 1920 a 1960, y que responden a una doble motivación, cada vez más intensa, de información histórica a fin de contrastar una determinada proposición teórica, y de formación teórica para comprender fenómenos históricos. Este enfoque positivista del análisis económico, con la adaptación de la Historia económica al hallazgo y presentación de ejemplos o pruebas de validez, no era privativo del siglo XX. En realidad, la presentación de ejemplos históricos y estadísticos, como refrendo de sus argumentos teóricos, que hacían un Adam Smith o un Karl Marx, pueden considerarse prolegómenos de lo que, con unos criterios formales más rigurosos, se hará a partir de mediados del siglo XX. Aunque se pueden encontrar ilustres precedentes de la aplicación de la información histórica al esclarecimiento de cuestiones teóricas, por ejemplo, sobre moneda y precios, como es el caso de Stanley Jevons

— autor de «Sobre la variación de los precios y el valor de la moneda desde 1782», en 1865— quien elaboró un índice logarítmico para el estudio de los datos históricos (25).

Por otra parte, si bien es cierto que muchas de las reconstrucciones históricas —o de la reordenación de datos históricos de acuerdo con criterios económicos nuevos— han respondido primeramente al interés de los economistas por contrastar una proposición teórica, no lo es menos que el resultado de estos trabajos significa un avance valioso para la Historia económica, que cuenta, a partir de ellos, con nuevos conceptos e instrumentos. El caso más característico, entre los recientes, de investigaciones en las que se aplica una teoría económica a los datos del pasado, tal vez sea la *A Monetary History of the United States, 1867-1960*, de Milton Friedman y Anna J. Schwartz (26). No cabe duda de que en esta incursión por los últimos casi cien años de la Historia americana, los autores buscaban poner a prueba la validez y coherencia de las relaciones que establecen, a nivel teórico, entre las variables monetarias; pero es igualmente indiscutible que, a partir de esa obra, la Historia monetaria de otros países cuenta con un bagaje operativo de alto valor. Un corolario que cabe hacer de esta interrelación entre análisis económico e Historia económica es que, si bien —tal y como advertían los primeros historiadores económicos británicos— el historiador de la realidad económica ha de poseer unos conocimientos mínimos de Economía, asimismo el economista que crea útil recurrir al cúmulo de datos ofrecido por la Historia, para poner a prueba sus hipótesis, deberá contar con una mínima base de Historia económica, que le impida caer en errores de interpretación a la hora de seleccionar o clasificar los datos cuantitativos pertenecientes al pasado. De hecho, en la mayoría de las universidades anglosajonas, la Historia económica está incluida dentro de los departamentos de economía.

La segunda razón de confluencia entre la preocupación de los economistas, por un lado, por conocer el sentido y el carácter de las relaciones que explican la realidad económica y, por otro, el interés de los historiadores por comprender el pasado, es la urgencia de los hechos presentes. Cuando surge un problema de alcance general

que pone en tela de juicio el funcionamiento del sistema económico —una depresión, una inesperada crisis monetaria o una aguda inflación, por ejemplo—, ocurre que hay expertos que, ante la aparente falta de respuesta a las nuevas cuestiones planteadas, tratan de buscar en el pasado situaciones similares o intentan establecer regularidades temporales en el comportamiento social que lleven a una explicación sobre la acuciante realidad presente. Por ejemplo, a partir de la década de 1930 y hasta mediados de la década de 1950, aparecieron importantes trabajos sobre Historia de los ciclos económicos; tras la elección de este tema latía la preocupación por conocer la mecánica y las causas del hecho de que la actividad económica de las economías industrializadas presentara oscilaciones con una determinada frecuencia, cuyas consecuencias, sobre todo en los primeros años de la década de 1930, llegaron a ser dramáticas. Simon Kuznets, uno de los economistas a quienes más debe la Historia económica por la cantidad, diversidad e importancia de sus trabajos destinados a iluminar la economía del pasado, publicó, ya en 1930, una obra pionera en los estudios sobre la evolución de las variables económicas a largo plazo (27). Otro importante libro apareció a finales de la misma década sobre la dinámica de los ciclos: el monumental *Business Cycles*, de J. A. Schumpeter (28).

Business Cycles es una Historia económica de Occidente, sobre todo de Gran Bretaña y Estados Unidos, desde 1787 a 1938. Y, a la vez, es un estudio económico de las situaciones de equilibrio y de las fluctuaciones que, a corto y largo plazo, inciden en las economías. Schumpeter estudia los factores internos de la transformación económica, la teoría de la innovación, la actividad empresarial —que para él es la variable estratégica del cambio— y la intervención del dinero y la banca en la evolución económica. Después de estudiar los componentes del cambio, de forma aislada, pasa a analizar —lo que es, quizá, la parte más interesante de la obra, en el capítulo V— la mecánica del ciclo, la generación de las fluctuaciones y sus ritmos. El segundo volumen es un estudio de los precios, del volumen de producción, del gasto, de la renta y de los salarios, del mercado de capital y del tipo de interés, cerrándose esta parte con una consideración detallada de los antecedentes y desarrollo de la crisis de 1929 en los Estados Unidos y Europa, así como de las políticas de recupera-

ción de Hitler en Alemania y Roosevelt en Norteamérica (29).

El tema de las fluctuaciones económicas iba a tener una fortuna poco común, y se pone de manifiesto en la altura científica de quienes se empeñaron en su análisis. En 1939 y 1940, Beveridge se ocupó, en tres artículos, de estudiar el desempleo y la aparición de ciclos en Gran Bretaña (30). En 1939, Phelps Brown y Schackle publicaron otro artículo sobre los ciclos económicos en el Reino Unido, desde 1924 a 1938 (31). R. C. O. Matthews, quien sería uno de los especialistas en este tipo de problemas, presentó en 1942 el primero de sus estudios sobre los ciclos en Gran Bretaña, desde el siglo XIX, aunque las dos principales aportaciones de este autor, con relevancia histórica, se editaron en 1954 y 1965 (32). En 1940, Nicholas Kaldor publicó un estudio sobre modelos de ciclo, complementado en 1954 por otro sobre fluctuaciones cíclicas y crecimiento económico (33). En 1948 apareció un libro de rápida difusión entre los especialistas y estudiantes de economía, *British Economy of the Nineteenth Century*, de W. W. Rostow. En este trabajo se presentaba un tratamiento de los ciclos y tendencias de la economía británica de 1790 a 1914, con una atención particular hacia la inversión, los salarios reales, y otras variables de la equívocamente llamada Gran Depresión, desde 1873 a finales del siglo XIX. Otro punto de interés del libro de Rostow era el estudio de las relaciones entre las cosechas y los ciclos de negocios y la política económica seguida en Gran Bretaña en el siglo XIX (34). Naturalmente, en este rápido repaso bibliográfico de las décadas de 1930 a 1940 no puede omitirse el capítulo 22 —«Notas sobre el ciclo económico»— de la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, de J. M. Keynes, aparecida en 1936.

En los primeros años de la década de 1950 se asiste a un renovado interés por el tema del ciclo: Hicks, Tinbergen, Hansen y Hobsbawm son algunos de los economistas e historiadores que se ocupan del tema, desde posiciones teóricas muy diversas, y con enfoques metodológicos también diferentes. Merecen la pena destacarse dos circunstancias: el hecho de que el trabajo de Tinbergen sea uno de los primeros, si no el primero, en que se aplican procedimientos econométricos a series históricas, en un estudio sobre las fluctuaciones

de la economía británica entre 1870 y 1914. La otra circunstancia digna de resaltarse es la aportación de Eric Hobsbawm —uno de los historiadores marxistas más fecundos— al tema del ciclo, tratando de relacionar la evolución y las oscilaciones de la economía con la dinámica de los movimientos sociales. En la historiografía económica marxista de la década de 1950 debe destacarse también la fecunda aportación crítica de algunos economistas, sobre todo en el estudio de las fases históricas —o modos de producción— y de la transición de unas a otras. Sirvan, como ejemplos, los nombres de Maurice Dobb y Paul M. Sweezy (35).

Rostow, en 1953, junto con A. D. Gayer y A. J. Schwartz, publicó un nuevo libro sobre el crecimiento y las fluctuaciones de la economía británica entre 1790 y 1850. En esta obra, además de una interpretación general sobre las causas de las fluctuaciones y de nuevas elaboraciones de números índice, se incluían series estadísticas normalizadas y sujetas a medición del comportamiento medio cíclico según las técnicas del *National Bureau of Economic Research* (36). Una crítica de este libro, de indudable interés, se contiene en el trabajo de Matthews de 1954 sobre el ciclo en Gran Bretaña entre 1790 y 1850 (37). En él se utiliza la teoría del multiplicador del comercio exterior, y se reclama una explicitación mayor del lenguaje teórico, tanto si se infiere directamente o no de los movimientos cíclicos o de las tendencias que se discuten en los textos. Matthews se adelantaba así, en 1954, a lo que pocos años más tarde comenzarían a hacer los nuevos historiadores económicos o cliómetras, consistente en un planteamiento explícito del modelo que ha de explicar las relaciones económicas observadas en el pasado.

Aún en la segunda mitad de la década de 1950 se publicaron trabajos importantes sobre tendencias a largo plazo de variables económicas y ciclos económicos. Tal vez la característica más destacable en estos estudios, respecto a los que se publicaron veinte años atrás, era el nexo cada vez más evidente que se establecía entre la evolución a largo plazo de las magnitudes y el crecimiento económico, que se convertía entonces, de nuevo, en la preocupación central de los economistas. W. A. Lewis y P. J. O'Leary, T. S. Ashton, S. Kuznets y J. S. Duesenberry son algunos de los autores que emprendieron estas investigaciones. Hay que subrayar también la confluencia, en

los mismos problemas, de economistas e historiadores económicos, así como los métodos de utilización de las fuentes históricas (38).

Paralelamente, desde la década de 1930 se estaban llevando a cabo estudios históricos cuantitativos, preferentemente sobre precios, rentas y salarios, que tuvieron como principal resultado la obtención de un conjunto de datos que, desde entonces, han dado lugar a numerosos análisis de coyuntura económica para épocas más remotas que el siglo XIX. En esta importante labor no sólo participaron historiadores económicos procedentes de la economía aplicada, sino también historiadores de formación general con dedicación cada vez mayor hacia los problemas económicos del pasado. A partir de 1930 se dejó sentir la influencia, sobre todo entre los historiadores franceses, del grupo de *Annales*; estos historiadores, con el protagonismo inicial de Marc Bloch y Lucien Febvre, abogaban por el ensanchamiento del terreno tradicional del historiador hacia cuestiones sociales, económicas, geográficas, culturales, y, en general, hacia la comprensión de la formación y evolución de las sociedades. Fernand Braudel, Ernest Labrousse, los esposos Chaunu y Emmanuel Le Roy Ladurie, son, entre otros, algunos de los continuadores más destacados de esta corriente. En otros países —y en la propia escuela de influencia francesa, como sería el caso, por ejemplo, de Raymond de Roover— muchos historiadores prefirieron atenerse, en sus investigaciones, a objetivos con límites más modestos y definidos, como podían ser el estudio histórico de una institución, de la evolución de algunas variables en un tiempo concreto o de un determinado proceso de transformación sectorial o social (39). Debe resaltarse, en este caso, que al igual que muchos economistas, en las décadas de 1930 a 1950, se preocuparon por el estudio analítico de tendencias a corto, medio y largo plazo, hubo, en la misma época, historiadores económicos que dedicaron considerables esfuerzos a la reconstrucción de series temporales de magnitudes económicas, sobre las que poder efectuar investigaciones acerca de su sentido y significado; de hecho, en numerosos casos, no limitaron su intento a una labor de acopio, sino que efectuaron análisis interpretativos de periodos más o menos amplios y de fenómenos económicos localizados en el pasado. Sirvan como muestra la obra de Hamilton sobre los precios en España en los siglos XVI y XVII, o los estudios

de Labrousse sobre precios y rentas en la Francia del siglo XVIII, y sobre la coyuntura económica anterior a la revolución de 1789 (40).

Como se ha dicho más arriba, a partir de los años posteriores a la segunda guerra mundial, la atención hacia las cuestiones relacionadas con el crecimiento económico fue extendiéndose entre los economistas e historiadores económicos. Si en la década de 1930 eran las fluctuaciones económicas y los ciclos ascendentes y descendentes a corto, medio y largo plazo, uno de los objetivos preferentes de los especialistas que se ocupaban del análisis económico y del examen de la economía del pasado, en las décadas de 1940, 1950 y 1960, el desarrollo, sus antecedentes, estímulos y componentes, pasaron a ser temas preferidos por muchos economistas e historiadores económicos. También en este fenómeno influyó la actualidad de los problemas que más interés despertaban en las sociedades occidentales después de 1945. Por una parte, la necesidad de reconstrucción de Europa, por otra, la difusión de las ideas de Keynes y su puesta en práctica en políticas económicas con una intervención progresiva del sector público, y en fin, la independencia política de las antiguas colonias europeas y la perentoria necesidad de su autonomía económica, confluyeron en el interés creciente hacia los problemas del desarrollo económico. Los difundidos y discutidos trabajos de Rostow sobre las etapas del crecimiento económico o las tesis de Alexander Gerschenkron acerca del atraso relativo como elemento de análisis del crecimiento son, tal vez, las obras de carácter general que más éxito tuvieron entre los interesados en la Historia del crecimiento económico a comienzos de la década de 1960 (41).

Como es sabido, la tesis de Rostow acerca de las etapas del crecimiento económico afirma que todas las sociedades que lo alcanzan —el crecimiento autosostenido, en la terminología rostowiana— pasan por una serie de fases, desde la tradicional de la aparición de prerequisites de la industrialización, hasta la última que es la del gran consumo en masa; el punto de inflexión en la curva del crecimiento sería la etapa crucial, denominada, con metáfora aeronáutica, del despegue económico. Gerschenkron, por su parte, que es un gran experto en Historia del crecimiento industrial europeo del siglo XIX, expuso su tesis del atraso relativo a partir de su observación

de que, en un momento determinado, la realidad económica de Europa, después de 1850, parecía un mosaico, con economías nacionales en diferentes grados de desarrollo y en diversos estadios de atraso. En la segunda mitad del siglo XIX se iniciaron procesos de rápida industrialización — en Alemania, en Italia, en Rusia— a partir de niveles diferentes de atraso económico. El proceso de crecimiento ulterior, según Gerschenkron, vino muy condicionado por las circunstancias de las que se partía. Gerschenkron plantea varias proposiciones en el comportamiento de las economías que se transformaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Por ejemplo, cuanto mayor era el atraso de la economía de un país, tanto mayor fue la presión sobre el consumo para financiar el proceso de crecimiento; cuanto mayor era el atraso de la economía de un país, tanto mayor fue la importancia concedida a la industria de bienes de producción frente a las manufacturas de consumo, así como al tamaño de las unidades productivas; cuanto mayor era el atraso económico inicial, mayor fue el protagonismo de sujetos diferentes a los empresarios individuales, como los intermediarios financieros o los gobiernos. No cabe duda de que tanto el esquema de Rostow como el de Gerschenkron —tal vez éste mantenga superior vigencia en la actualidad— tienen el acierto de todo esquema de sintetizar en una exposición sencilla un problema muy complejo, pero tienen también sus defectos. El principal quizá es el intento de someter la universalidad de los ejemplos históricos a unas cuantas condiciones muy precisas; la comprobación cuantitativa de la realidad lleva, sin embargo, a la evidencia de que hay muchas e importantes excepciones a las reglas del modelo, por lo que éste pierde representatividad y capacidad predictiva.

En la literatura de Economía aplicada de las décadas de 1950 y 1960, podían encontrarse tanto capítulos de Historia económica en manuales de economía del desarrollo, como referencias abundantes a especialistas en política del crecimiento entre los historiadores económicos. Basta leer los manuales de Gerald M. Meier y Robert E. Baldwin o de Benjamin Higgins para comprobar la importancia concedida a la aproximación histórica para ajustar los principios de política económica (42). Igualmente, los historiadores del crecimiento económico han prestado considerable atención a los trabajos de especialistas en política de desa-

rollo como Albert Hirschman, Ragnar Nurkse, Rosenstein-Rodan y Tibor Scitovsky. Por lo demás, la fecunda interrelación en un mismo texto entre análisis económico e Historia económica, prosiguió en años posteriores a 1945. W. A. Lewis, especialista en economía del crecimiento, ha dedicado dos importantes estudios a la economía internacional de finales del siglo XIX y de los años de entreguerras, en el siglo XX, respectivamente, y Charles P. Kindleberger ha publicado estudios sobre el crecimiento comparativo en Francia e Inglaterra y sobre la depresión de la década de 1930 (43).

La Historia del crecimiento económico británico —la primera revolución industrial— contó con nuevas aportaciones, a la luz de los conceptos sobre la dinámica del desarrollo, recientemente analizados. A los libros clásicos de Toynbee, Mantoux, Bowden, Fay, Beales y Ashton, se unieron los de Deane y Cole, Wilson, Mathias, E. L. Jones, Chambers y Mingay (44). Igualmente, los estudios sobre diferentes procesos de industrialización y crecimiento económico en otros países europeos han adquirido un auge sin precedentes en los últimos veinticinco años. Muestra y resumen de ello son las obras *The Cambridge Economic History of Europe*, especialmente los volúmenes VI y VII, bajo la dirección de H. J. Habakkuk y M. Postan, y *The Fontana Economic History of Europe*, dirigida por Carlo M. Cipolla (45).

Mención especial merece un libro escrito por el economista Sir John Hicks, y que constituye una de las reflexiones más sugestivas que recientemente se han hecho sobre la Historia económica. La idea central de esta obra, *A Theory of Economic History*, es el proceso de nacimiento y extensión de la institución del mercado, desde la antigüedad hasta la época contemporánea. Se han formulado algunas críticas a su planteamiento apriorístico de la elección de ejemplos u observaciones históricas, en función de las hipótesis económicas que a Hicks le interesa ilustrar. Así, se ha dicho que el autor sigue una argumentación —el progreso a través de la ampliación del mercado y del perfeccionamiento de sus mecanismos— a la que subordina la evolución entera de las sociedades a lo largo del tiempo, de la cual sólo extraería los capítulos que sirven a su fin. Aunque la crítica, desde un punto de vista metodológico, no está, a primera vista, falta de razón, también es cierto

que los ejemplos históricos de Hicks son, en principio, difícilmente rechazables en cuanto a sus afirmaciones sobre la correspondencia progreso económico-extensión del mercado. Por otra parte, aunque Hicks no elabora una investigación original histórica, tampoco selecciona arbitrariamente los momentos históricos susceptibles de más atento examen. Presenta un esquema —con una intensa labor previa de información historiográfica— de la evolución de la sociedad a largo plazo, basado en el tradicional sistema de tres etapas o fases en que se dividiría el entero proceso histórico. Como ha observado Gerschenkron, a pesar de que el núcleo del libro es el desarrollo del mercado, como elemento de progreso, a lo largo del tiempo —«Mercator gloriosus» titula Gerschenkron su crítica al libro de Hicks— sin embargo, el criterio definitorio de las tres etapas es político: la ciudad-estado, los centros comerciales bajo el patrocinio del Estado, y la «revolución administrativa», o conversión del Estado burocrático en gestor de política económica activa (46). Dado este esquema, Hicks diferencia los momentos de crisis para la institución elegida como variable explicativa —el mercado— y en función de ello resalta los ejemplos históricos que mejor revelan tales rupturas en la evolución social, deteniéndose en los antecedentes y consecuencias de los momentos de cambio. Hicks plantea una filosofía muy similar, al fin y al cabo, a la de Adam Smith, y puede entenderse su ensayo como una actualización del libro III de *La Riqueza de las Naciones* (47). Tanto en Smith como más tarde en Marx pueden hallarse casos de esquemas explicativos de la evolución social a largo plazo, que ni uno ni otro pretendieron que fueran más allá de su carácter instrumental. Smith y Marx seleccionaron, dentro de sus respectivos esquemas, los momentos de crisis para los aspectos de la realidad que creyeron determinantes; en el caso de Adam Smith, el intercambio, y en el de Karl Marx, la lucha de clases. Por otra parte, Hicks, al igual que sus ilustres predecesores, no niega la existencia de «líneas que conectan la Historia económica con cosas que caen ordinariamente fuera de ella (...). Hay hilos que van de la economía a otras ciencias sociales, a la política, a la religión, a la ciencia y a la tecnología, se desarrollan ahí y después vuelven a la economía. He hecho poco por seguirlos; pero de ningún modo trato de negar su existencia» (48).

Una de las conclusiones más interesantes que

extrae Hicks de su reflexión histórica es el supuesto acerca de lo que podría haber ocurrido en la economía y en la sociedad internacional de haberse proseguido en la tendencia hacia el libre comercio imperante en el siglo XIX; para este autor, habría habido un incremento gradual en el número de países desarrollados, aunque con fluctuaciones y cambios en la relación de fuerzas, económicas y políticas, entre los países de mayor y menor antigüedad en la experiencia del crecimiento económico. Corolario de esta afirmación es el supuesto de que el mundo subdesarrollado, tomado como conjunto, es quien más sufre las consecuencias de las tendencias proteccionistas (49).

Precisamente desde una perspectiva teórica opuesta, enraizada en determinadas corrientes de la crítica marxista —aunque no siempre así; a veces, a partir de direcciones proteccionistas y nacionalistas—, se han difundido en los últimos años numerosos trabajos sobre el desarrollo histórico del comercio internacional y sobre las consecuencias de la división del trabajo y la especialización económica de los países avanzados y los atrasados. Con diferente visión y diversos objetivos, pero coincidentes en el intento de explicar el desenvolvimiento, a escala mundial, de la economía en la denominada Edad Moderna, han aparecido dos trabajos de Immanuel Wallerstein y André Gunder Frank que resultan representativos de esta tendencia historiográfica (50).

Otra dirección de la reciente Historia económica, que tiende a esclarecer los procesos de crecimiento económico en diferentes sociedades, es la que trata de reconstruir la contabilidad de las principales macromagnitudes. El esfuerzo pionero fue realizado, en este campo, por Simon Kuznets. Este autor, en una serie de trabajos, fue depurando la estimación del Producto Nacional de los Estados Unidos, en una serie histórica que se prolongaba hacia atrás, hasta 1869 (51). El punto de partida fueron los censos de población para el siglo XIX que periódicamente ofrecían, hasta 1890, información sobre actividades económicas. A partir de esta última fecha, la información se convierte en sistemática. Kuznets, y otros especialistas, como R. E. Gallman, Paul A. David, George R. Taylor y M. Abramovitz, han tratado, con éxito, de utilizar la evidencia empírica existente para las épocas en que se carecía de estadísticas sistemáticas, a fin de reconstruir las principales macromagnitud

tudes y sus componentes. Kuznets extendió su serie de Producto Nacional de los Estados Unidos hasta 1870, como frontera en donde la fiabilidad de los datos — y la validez de las inferencias que pudieran elevarse a partir de ellos— comenzaba a debilitarse. Gallman alargó y extendió las series de Kuznets hasta 1840, extrapolando, para esta última década, los datos ofrecidos por el censo de 1850. La labor de Gallman consistió en contrastar la fiabilidad de los datos anteriores a 1880, mediante diversos procedimientos de control, y depurar críticamente su contenido, a fin de proceder a su utilización como base de la reconstrucción de magnitudes económicas. Por otra parte, se colmaron los vacíos intercensales por varios y complejos sistemas de interpolación, hasta dar como resultado una serie de Producto Nacional real de 1835 en adelante. La principal conclusión que se extrajo de este trabajo fue la similitud del ritmo de crecimiento del Producto Nacional para Estados Unidos y Gran Bretaña. Paul A. David, a partir de varias hipótesis iniciales sobre el comportamiento económico de los norteamericanos en la primera mitad del siglo XIX, y tras diversas estimaciones de la composición de la fuerza de trabajo, sobre la base de la localización de la población, del Producto Nacional y la productividad de la economía norteamericana, extendió el cálculo hasta el período 1800-1840. Su principal conclusión es que no hubo diferencias apreciables en la tasa de crecimiento económico en los Estados Unidos entre 1800-1840 y 1840-1880 (52).

Los trabajos de este tipo —reconstrucción de series históricas de magnitudes económicas a partir de información dispersa, discontinua y diversa, y a partir de la explicitación de hipótesis de comportamiento— se han multiplicado, en distintos países, en los últimos años. Como muestra de tempranos esfuerzos en este sentido, merece la pena destacarse el realizado en Francia por un grupo de historiadores económicos dirigido por Jean Marczewski, el cual, bajo la influencia de Kuznets, comenzó la elaboración de las cuentas nacionales históricas, y en concreto del producto físico, desde 1789 a 1964. Su iniciativa resultó tanto más meritoria cuanto se desarrolló en un medio intelectual frío, si no declaradamente hostil. Como el propio Marczewski declararía, la Historia cuantitativa era poco comprendida en Francia y a pesar de la tradición de Simiand, uno de los pioneros en Europa de este tipo de estudios históricos, se

desconfiaba de la utilización del análisis estadístico y de las hipótesis económicas para la reconstrucción de las relaciones que componían la economía francesa del siglo XIX (53).

4. LA APARICION DE LA CLIOMETRIA

Los trabajos últimamente referidos, de reconstrucción de la economía del pasado, en series continuas de macromagnitudes, exigieron, entre otras cosas, la utilización de procedimientos refinados de control estadístico de la información cuantitativa disponible, así como la aplicación de métodos econométricos para la contrastación de las relaciones explicativas de comportamiento económico. La aplicación de estas técnicas y la insistencia tanto en la explicitación cuantitativa de las hipótesis como en la contrastación empírica de las proposiciones explicativas —aplicados tales principios a muy diversas cuestiones históricas, desde la importancia del ferrocarril para el desarrollo económico hasta las repercusiones de la política monetaria en un momento determinado— han llevado a la difusión de los términos «cliometría» y «cliómetras», aplicados a la nueva corriente y a sus partidarios. También, en las décadas de 1960 y 1970, se les conoció, en conjunto, como «nueva Historia económica». Su popularidad, sin embargo, no se debe sólo a la llamativa utilización de modelos econométricos y a la compleja labor de depuración y discusión de la información cuantitativa —que a muchos espectadores deslumbró o irritó, como ante nuevos poseedores de un lenguaje esotérico, accesible sólo para iniciados— sino que se dio la circunstancia adicional de que sus primeras intervenciones estuvieron dirigidas a desmontar algunas de las interpretaciones históricas más generalmente aceptadas y más prestigiosamente avaladas por autores ilustres. La misma línea investigadora, a que se ha hecho referencia más arriba, sobre la evaluación del Producto Nacional de los Estados Unidos desde finales del siglo XVIII al XX, se ha dirigido, entre otras cosas, a la comprobación empírica de la existencia de ruptura — el punto de despegue— en la evolución de la economía norteamericana, de modo que fuera perceptible e identificable el paso desde la tradicionalidad al moderno crecimiento económico en un momento determinado del siglo XIX. Rostow había situado ese punto hacia 1840; los clióme-

tras o nuevos historiadores, aun con divergencias entre sí a la hora de estimar la tasa de crecimiento de la economía norteamericana, parecen estar de acuerdo en rechazar la hipótesis de un despegue o ruptura del ritmo de aumento del Producto Nacional (54).

Otras afirmaciones polémicas, entre las más famosas, de los nuevos historiadores americanos han sido la de que el esclavismo en los estados del sur, antes de la guerra de secesión, era un sistema económicamente viable y comparativamente rentable, y la de que el ferrocarril no supuso, en los Estados Unidos, ninguna aportación revolucionaria al crecimiento económico. A la novedad intelectual que suponían, en el campo de la Historia, los nuevos métodos y técnicas, se unió la provocación explícita, al cuestionarse las tesis más sólidamente establecidas. De ese modo, junto a fervorosos partidarios, los nuevos historiadores económicos se enfrentaron a acerbos críticos. No sólo en Francia, también en Estados Unidos la irrupción de la econometría en los dominios de la historia suscitó iniciales recelos, para convertirse los cliómetras, con el tiempo —como alguno de ellos no ha dejado de observar con melancolía— en respetadas figuras del mundo académico, el cual admite, asimila, normaliza y multiplica la enseñanza de los nuevos métodos entre un número cada vez mayor de investigadores y estudiantes (55).

En realidad, la posición metodológica de los nuevos historiadores económicos, a partir de finales de la década de 1950, venía condicionada por la propia evolución de la ciencia económica desde veinte años atrás, y, sobre todo, por el avance del método positivo de elaboración científica, para el cual la coherencia lógica de los supuestos y de las proposiciones ha de ir unida a la prueba factual de unos y otras. Esta orientación metodológica es la dominante en las escuelas económicas occidentales después de la segunda guerra mundial y está en la base de la formación que han recibido los cliómetras, sobre todo los de formación anglosajona. No sólo se dedicarían éstos a trabajos de carácter cuantitativo, sino también a la elaboración de hipótesis explicativas —casi siempre, pero no exclusivamente, con la ayuda de la teoría económica neoclásica— para los problemas históricos, buscando la validez de las relaciones elegidas en la coherencia lógica y en la contrastación con los

hechos medibles. La novedad que supuso la aplicación del método del positivismo a la ciencia económica, a partir de la publicación de la obra de Hutchinson, en 1938, puede resumirse en la afirmación de que son, precisamente, el análisis lógico y la contrastación empírica las funciones idóneas del científico, en este caso del teórico de la Economía. Antes de este cambio metodológico de muy amplias consecuencias, como ha dicho Luis Angel Rojo, «los economistas no se preocupaban de formular sus teorías de un modo que resultasen contrastables y no buscaban en el éxito o fracaso de sus predicciones el criterio de aceptación o de abandono de unas construcciones que flotaban sobre la realidad, sin entrar en contacto con ella» (56).

Por lo tanto, la evolución seguida por la Historia económica, al menos por la que realizan los economistas, en los últimos veinticinco años ha estado condicionada por la propia evolución de la ciencia económica. Como ha dicho Robert W. Fogel, uno de los autores más representativos de la escuela cliométrica, «los caracteres metodológicos principales de la Nueva Historia Económica son su énfasis en la medida y su reconocimiento de las relaciones íntimas entre medida y teoría» (57). Así, la nueva Historia económica se diferencia de la tradicional en que esta última, aun con vocación cuantitativa, se limitaba muchas veces a la recogida y simple clasificación de datos, a su manipulación estadística por medio de métodos simples, y a la explicación de los problemas históricos a través de conocimientos elementales de teoría económica y de la lógica común. Es más, la exposición de las explicaciones tradicionales en Historia económica muchas veces encerraban implícitamente supuestos y condiciones restrictivas, como, por ejemplo, la existencia de una elasticidad demanda-precio determinada, un cierto grado de movilidad de los factores, el pleno empleo o no de dichos factores de producción, y otras similares. En cambio, la cliometría, que busca la exposición de las interpretaciones históricas en modelos económicos formalizados, tiende a una explicación más clara y rigurosa de la teoría aplicada a cada caso, aunque ello no excluye los peligros de ocultación, en ciertas ocasiones, de supuestos implícitos de partida que, sin embargo, condicionan las relaciones explicativas. Pero, aun con ello, el riesgo de confusión y enmascaramiento de los supuestos aplicados es menor en la posi-

ción metodológica de los nuevos historiadores económicos, y sobre todo, como ha demostrado la experiencia, es más fácil detectar las incoherencias de las hipótesis previas en el caso de su formulación implícita. Según Fogel, la Historia económica tradicional está repleta de modelos encubiertos y no contrastados y de afirmaciones matemáticas subliminales. Dice a este respecto Rondo Cameron que el papel de la teoría en la investigación histórica se justifica por el hecho de que el historiador estará inevitablemente guiado por algunas ideas *a priori*, siendo deseable que esas ideas se expliciten y sistematicen de la mejor manera posible. En otras palabras, la elección no es entre la presencia de la teoría y su ausencia, sino entre teoría conscientemente formulada, de un lado, y teoría implícita y aceptada de forma inconsciente, del otro. Algo similar podría decirse de la utilización de la Historia por los economistas. Incluso los economistas más radicalmente ahistóricos hacen algún uso de la Historia: su propia experiencia, la experiencia de su generación o las generalizaciones acerca de las características diferenciales que existen incluso en las sociedades más evolucionadas. El papel de la Historia económica en la formación del economista ha de tender, justamente, a la mejor asimilación posible de la información histórica (58).

Este problema de la explicitación de supuestos de partida y de las relaciones interpretativas del problema histórico entre variables, se pone de manifiesto en la cuestión de los llamados contrafactuales. Estos son supuestos acerca de la realidad económica tal y como fue, en un momento determinado del pasado, y en ausencia de uno de sus elementos configurantes. Un típico supuesto contrafactual es el propuesto por el profesor Fogel: ¿Cómo habría sido, en términos de producto nacional, la economía norteamericana en 1890, si no se hubieran construido los ferrocarriles y todo lo demás hubiese seguido igual? (59). Esta última parte de la pregunta implica limitar el cambio hipotético a una sola variable, permaneciendo el resto de los factores inmodificables, es decir, significa la aplicación del supuesto *ceteris paribus* a la confrontación entre la realidad histórica y la que hubiera podido existir de no ocurrir lo que, en efecto, ocurrió. Desde luego, la innovación metodológica de los contrafactuales levantó considerable polémica, con previsibles acusaciones de ser una forma de historia-ficción. Pero, como dice

Lance Davis, otro representante de los cliómetras: «Para muchos historiadores tradicionales, la historia contrafactual es anti-historia o no es historia, pero estos mismos historiadores continuamente utilizan argumentos contrafactuales implícitos. La diferencia entre lo antiguo y lo nuevo está en la utilización explícita de lo contrapuesto, no en la innovación del argumento contrafactual» (60). Davis opina que todos utilizan, en mayor o menor medida, supuestos contrafactuales, y que, en realidad, muy pocos historiadores, nuevos o tradicionales, querrán limitarse a la pura descripción, que sería la alternativa en caso de no incurrir en la elaboración de ese tipo de hipótesis sobre «lo que hubiera podido suceder». Si para el historiador aquello que más interés despierta en su trabajo es la búsqueda y hallazgo de nuevas causas, forzosamente recurrirá a la utilización, implícita o explícita, de argumentos contrafactuales. No habría, según Davis, manera de que causa y efecto pudiesen discutirse sin comparar lo observado con lo hipotético. En palabras de este autor, «cualquier argumento implica un supuesto contrafactual: un mundo que no ha existido nunca, pero que pudo haber existido» (61).

Hay que decir que, afortunadamente, muchos buenos historiadores económicos anteriores a 1960 tuvieron buen cuidado en explicitar sus puntos de partida, la índole de las relaciones explicativas que utilizaban en la interpretación histórica y el modo de enfrentar aquellas con la evidencia empírica recogida. El propio Fogel se refiere, en el artículo citado, a la excepción, por su calidad, que suponen los excelentes trabajos de construcción de índices de precios, pero también deben citarse, no como excepción, sino como hitos del avance científico en Historia económica, a lo largo de las décadas de 1930 y 1940, las interpretaciones de Hamilton sobre la economía de los siglos XVI y XVII, la de Rostow sobre las fluctuaciones de la economía británica en el siglo XIX, o el trabajo de Ashton acerca de los indicadores del nivel de vida de los trabajadores durante la revolución industrial (62). En estos trabajos, y en otros, ya se recurría a «combinar datos primarios con mediciones no realizadas antes, y (...) mediciones indirectas allí donde las directas son imposibles de hacer» (63). En este sentido, lo que caracteriza a los cliómetras respecto a los otros historiadores económicos es el mayor rigor en la especificación de sus supuestos iniciales y de sus hipótesis explicativas,

con una aproximación más estrecha entre explicación histórica y análisis económico. Pero probablemente se ha exagerado, tal y como parece indicar la propia expresión «reunificación» entre Historia económica y teoría económica, el alejamiento que hubo de 1920 a 1960 entre ambas actividades. Quizá haya menos distancia de la que se cree entre Sir John Clapham y Robert W. Fogel, desde el punto de vista metodológico, si se tiene en cuenta no la posición relativa que hay de uno y otro respecto a la teoría económica actual, sino la que había en 1920 y en 1960.

En cualquier caso, el énfasis de los nuevos historiadores económicos se ha puesto en la utilización del análisis económico, antes que en la propia cuantificación. Según Donald McCloskey, la cliometría cuenta con tres grandes realizaciones: la primera consiste en reinterpretar las afirmaciones establecidas, desde el ángulo de la lógica común y desde el de la lógica traducida en ciencia económica; la segunda, la extensión de la información económica acerca del pasado, desde el hallazgo de documentos en los archivos a la mejor depuración y contraste de los existentes, y la inferencia, por medio del análisis económico, del conocimiento de magnitudes, como sería ejemplo el cálculo, ya citado, de la Renta Nacional o de la productividad de las economías del siglo XIX. La tercera realización destacable de la cliometría sería, según McCloskey, la extensión de la reinterpretación económica del pasado más allá de los Estados Unidos. Hubo en efecto, sobre todo en las décadas de 1960 y 1970, críticos que acusaban a los cliómetras de restringir su actividad a la Historia económica norteamericana, entre otras razones por ser una Historia contemporánea y ser, desde sus comienzos, la Historia de una economía capitalista, y en segundo lugar, por hacerse en un país con una rica información cuantitativa. La experiencia muestra cómo los métodos de la cliometría se han aplicado en los últimos años a la Historia económica de otros muchos países, desde Europa occidental a Iberoamérica, y a épocas anteriores al nacimiento de la economía capitalista (64). Ciertamente que, en algunos casos, la carencia relativa de datos pareció comprometer el éxito de la investigación llevada a cabo con los nuevos métodos, pero la previsión de Fogel se ha revelado cierta: a medida que los datos son más pobres, se han de utilizar métodos más penetrantes y complejos, con el fin de extraer la ma-

yor información posible de la evidencia empírica de que se dispone. Ya en 1965, Douglass C. North se lamentaba de la restricción del enfoque cliométrico a zonas muy limitadas de la investigación, y ponía el ejemplo de la Historia económica del trabajo, un tema elegido por varios especialistas, pero que quedaba circunscrito a la Historia sindical, siendo así que los trabajadores sindicados, en los Estados Unidos, no excedían del 5 por 100 antes de 1900 (65). Esta misma objeción sería planteada por Fogel y Fishlow, algunos años más tarde, cuando reprochaban la marginación de la nueva Historia económica de problemas como los de distribución y equidad, en aras del estudio preferente de la producción (66).

CONCLUSIONES

Si en el pasado eran aquellos economistas que esporádicamente se aproximaban a los terrenos de la Historia quienes establecían relaciones explicativas expuestas de acuerdo con la formalización característica de la teoría económica y quienes procedían a la contrastación cuantitativa de las hipótesis, en los últimos veinte años éstos son procedimientos habituales de muchos historiadores económicos. Lo que ha cambiado es el interés que movía a unos y otros. En un principio, la razón del trabajo de los economistas en temas históricos fue la de encontrar un campo de pruebas adecuado para sus modelos. Actualmente es el interés específico del historiador —el de explicar los cambios económicos del pasado— el que ha llevado a muchos economistas a aplicar sus conocimientos y métodos a los problemas de otro tiempo. Pero la razón última de su actividad es la misma que justifica a los historiadores con otro tipo de formación y con otros bagajes e instrumentos: saber cómo fuimos para llegar a ser lo que somos. Si la Historia económica tiene alguna razón de ser es la de normalizar los conocimientos y dotar de adecuados conceptos y métodos a quienes se preocupan por conocer las raíces temporales de la economía del presente.

Pero junto a esta motivación para los investigadores de la Historia económica, común a la de todos los profesionales de la Historia —averiguar la verdad del pasado—, ha habido otras razones que explican el avance de esta disciplina a lo lar-

go de los últimos cien años, desde su relativa autonomía en el conjunto de los conocimientos económicos. Así, en los últimos decenios del siglo XIX, hubo investigadores que entendían el ejercicio de la Historia económica como una vía inductiva del análisis económico, preferible a, o al menos compatible con, la especulación deductiva de la teoría neoclásica. Por los mismo años, se encontró nueva utilidad a las posibilidades de la Historia económica: la de medir las consecuencias sociales de la modernización de la economía. En definitiva, esto quería decir que la investigación histórica se encauzaba a la satisfacción de las inquietudes sentidas por los sujetos del presente; en este caso, los intelectuales británicos que presenciaban la segunda revolución industrial, y que habían percibido los aspectos externos más desconsoladores de la primera.

Las preocupaciones de los hombres del presente han animado en otras ocasiones, con desigual fortuna, los trabajos de Historia económica: desde aquellos dedicados a los orígenes, la periodicidad y ritmo de las crisis y fluctuaciones a los que tratan acerca de las causas y vías del crecimiento económico o de las razones del subdesarrollo. La Historia económica, en todos los casos, ha evolucionado en sus métodos de trabajo de acuerdo con la evolución del análisis económico. En unos períodos, la proximidad entre uno y otro ámbito de conocimiento ha sido mayor, y en otros, en cambio, más débil, pero se puede reconstruir una fecunda experiencia de interrelación entre la teoría económica, la Economía aplicada y la Historia económica, a lo largo de cien años de avance para estas actividades.

NOTAS

(*) Agradezco vivamente las sugerencias e información que en su día me dieron los Dres. Manuel Jesús González, Gabriel Tortella y Leandro Prados de la Escosura, para redactar la primera versión de estas páginas, de cuyas deficiencias y errores soy el único responsable.

(1) J. A. SCHUMPETER, *History of Economic Analysis*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.). Hay traducción española, *Historia del análisis económico*, Ariel, Barcelona, 1971, pág 901, n. 35.

(2) R. M. HARTWELL, «Good Old Economic History», *The Journal of Economic History*, XXXIII, 1 (marzo, 1973), págs. 28-40. Sobre los historiadores económicos de finales del siglo XIX, *vid.* N. S. B. GRAS, «The Rise and Development of Economic History», *The Economic History Review*, I, 1 (enero 1927), págs. 12-34, y N. B. HARTE (ed.), *The Study of Economic History, Collected and Inaugural lectures, 1893-1973*, Frank Cass, London, 1971.

(3) W. J. ASHLEY, «On the Study of Economic History», en N. B. HARTE. *The Study of Economic History*, pág. 3.

(4) W. J. ASHLEY, «A Survey of the Past History and Present Position of Political Economy», en R. L. SMYTH (ed.), *Essays on Economic Method. Selected Papers read to section F of the British Association for the Advancement of Science, 1860-1913*, Gerald Duckworth, London, 1962, pág. 223.

(5) J. N. KEYNES. *Scope and Method of Political Economy*, McMillan, London, 1891, pág. 270.

(6) *Ibidem*, pág. 271.

(7) W. J. ASHLEY. «On the Study of Economic History», en N. B. HARTE, *The Study of Economic History*, pág. 3.

(8) Como muestra: «The Teaching of Economic History», en W. A. J. ARCHBOLD (ed.), *Essays on the Teaching of History*, Cambridge University Press, Cambridge (Eng.), 1901; «Why had Roscher so little influence in England?», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, V (1894), págs. 317-334; «A Plea for Pure Theory», *The Economic Review*, II (1892), págs. 25-41; «The Perversion of Economic History», *The Economic Journal* II (1892), págs. 491-506.

(9) W. J. CUNNINGHAM. «Nationalism and Cosmopolitanism in Economics», *Report of the 1891 Meeting of the British Association for the Advancement of Science*, pág. 729. Vid N. B. HARTE (ed.), *The Study of Economic History*, Introducción, pág. XXI.

(10) Alfred MARSHALL. *Principles of Economics*, ed C. W. Guilleband, McMillan, London, 1961, vol. II, «Notes», págs. 735-750.

(11) Alfred MARSHALL. *The Economic Journal*, I, 1 (1891), pág. 4. Vid. R. M. HARTWELL, «Good Old Economic History», pág. 32, n. 10.

(12) N. B. HARTE. *The Study of Economic History*, Introducción, pág. XXVII.

(13) J. H. CLAPHAM. «The Study of Economic History», en N. B. HARTE (ed.), *The Study of Economic History*, pág. 58.

(14) *Ibidem*, pág. 67.

(15) K. MARX. *Das Kapital*, 3 vols. Dietz, Berlín, 1962 (traducción española, Akal, Madrid, 1976, libro I, tomo III, págs. 116-196) y F. ENGELS, *The condition of Working Class in England*; 2.^a ed., Basil Blackwell, London, 1971.

(16) Vid. J. L. y B. HAMMOND. *The Village Labourer, 1760-1832*, 4 vols., The British Publisher Guild, Longmans, Greens, London, 1911. De los mismos autores, *The Town Labourer, 1760-1832*, Longmans, Green, London, 1917, *The Skilled Labourer, 1760-1832*, Longmans, Green, London, 1919 y *The Rise of Modern Industry*, Methuen, London, 1925.

(17) A. TOYNBEE. *Lectures on the Industrial Revolution in England*, pág. 84.

(18) Horst Claus RECKTENWALD, *Geshichte der Politischen Ökonomie*. (Hay traducción española, *Economía política: una perspectiva histórica*, Instituto Nacional de Perspectiva y Desarrollo Económico, Madrid, 1977, pág. 226).

(19) Alfred MARSHALL, *Principles of Economics*, ed. Guilleband, vol. I, pág. 742.

(20) *Ibidem*, pág. 748.

(21) *Ibidem*, pág. 749.

(22) *Ibidem*, pág. 751.

(23) *Ibidem*, pág. 769.

(24) R. M. HARTWELL, «Good old Economic History», pág. 28.

(25) W. Stanley JEVONS. «On the Variation of Prices and the Value of Currency since 1782», *The Journal of Statistical Society*, XXVIII (1865), reproducido en E. M. CARUS-WILSON (ed.), *Essays in Economic History*, 3 vols., Edward Arnold Publ., London, 1962, vol. III, págs. 2-28.

(26) Milton FRIEDMAN y Anna J. SCHWARTZ. *A Monetary History of the United States, 1867-1960*, Princeton University Press for the National Bureau of Economic Research, New York, 1963.

(27) Simon KUZNETS, *Secular Movements in Production and Prices. Their Nature and Their Bearing Cyclical Fluctuations*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1930.

(28) J. A. SCHUMPETER. *Business Cycles*, 2 vols., McGraw Hill, New York, 1939.

(29) *Ibidem*.

(30) W. H. BEVERIDGE. «Unemployment in the Trade Cycle», *The Economic Journal*, XLIX (1939); «The Trade Cycle in Britain Before 1850», *Oxford Economic Papers*, III (1940); «The Trade Cycle in Britain Before 1850: A postscript», *Oxford Economic Papers*, IV (1940).

(31) E. H. Phelps BROWN y G. L. S. SHACKLE, «British Economic Fluctuations, 1924-1938», *Oxford Economic Papers*, II (1939).

(32) R. C. O. MATTHEWS, *A Study in Trade Cycle History Economic Fluctuations in Great Britain, 1883-1942*, Cambridge University Press, Cambridge (Eng.), 1954; «Some Aspects of Postwar Growth in the British Economy in Relation to Historical Experience», en *Transactions of the Manchester Statistical Society* (1964-65), págs. 1-25, reproducido en Roderick FLOUDD (ed.), *Essays in Quantitative Economic Journal*, I (1940); «The Relations of Economic Growth and Cyclical Fluctuations», *The Economic Journal*, LXIV, (1954).

(33) Nicholas KALDOR, «A Model of the Trade Cycle», *The Economic Journal*, L, 1940; «The Relation of Economic Growth and Cyclical Fluctuations», *The Economic Journal*, LXIV, 1954.

(34) W. W. ROSTOW. *British Economy of the Nineteenth Century*, Clarendon Press, Oxford, 1948.

(35) Jan TINBERGEN. *Business Cycles in the United Kingdom, 1870-1914*, North Holland, Amsterdam, 1951; Alvin H. HANSEN, *Business Cycles and National Income*, W. W. Norton, New York, 1951; John HICKS, *A Contribution to the Theory of Trade Cycle*, 1954 (hay traducción española, *Una contribución a la teoría del ciclo*, Aguilar, Madrid, 1954); Eric J. HOSBAWN, «Economic Fluctuations and Some Social Movements since 1800», *The Economic History Review*, V (1952); P. M. SWEETZ, M. DOBB (y otros), *The transition from feudalism to capitalism*, Science and Society, New York, 1954 (traducción española, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Artiach, Madrid, 1972); probablemente la obra más sugestiva, desde una óptica marxista, de la historia económica escrita en Occidente sea M. DOBB, *Studies in the Development of capitalism*, Routledge and Kegan, London, 1963.

(36) A. D. GAYER, W. W. ROSTOW y A. J. SCHWARTZ, con la colaboración de I. FRANK, *The Growth and Fluctuations of the British Economy, 1790-1850*, 2 vols., Oxford University Press, 1953.

(37) R. C. O. MATTHEWS, «The Trade Cycle in Britain, 1790-1850», *Oxford Economic Papers*, VI (1954), en Derek H. ALDCROFT y Peter FEARNON (eds.), *British Economic Fluctuations, 1790-1939*, McMillan, London, 1972.

(38) Simon KUZNETS, «Long Swings in the Growth of Population and Related Economic Variables», *Proceedings of the American Philosophical Society*, c II (1958); James DUESENBERY, *Business Cycles and Economic Growth*, McGraw Hill, New York, 1958; W. A. LEWIS y P. J. O'LEARY, «Secular Swings in Production and Trade, 1870-1913», *Manchester School*, XXIII (1955); T. S. ASHTON, *Economic Fluctuations in England, 1700-1800*, Clarendon Press, Oxford, 1959.

(39) Sobre la escuela de *Annales* hay dos recientes artículos de carácter ilustrativo y crítico: Josep FONTANA, «Ascens i decadència de l'escola dels "Annales"», *Recerques*, 4 (1974), y Robert FOSTER, «The Achievement of Annales School», *The Journal of Economic History*, XXXVIII, 1 (marzo 1978).

(40) Earl J. HAMILTON, *American Treasure and the Price Revolution in Spain (1501-1650)*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1934; *Money, Prices and Wages in Valencia, Aragón and Navarra (1351-1800)*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1936; *War and Prices in Spain (1651-1800)*, Reimpr., Rusell and Russell, New York, 1969; W. H. BEVERIDGE, *Prices and Wages in England from the Twelfth to the Nineteenth Century*, Fran Cass, London, 1939; N. W. POSTHUMUS, *Inquiry into History of Prices in Holland*, Leiden, 1943; A. FRUS y K. GLAMANN, *A History of Prices and Wages in Denmark 1600-1880*, London, 1958; Ch. VERLINDEN, J. CRACYBECKX y E. SCHOLLIERS, «Price and Wage Movements in Belgium in the Sixteenth Century», en Peter BURKE (ed.), *Economy and Society in Early Modern Europe, Essays from Annales*, Harper and Row, New York, 1972; M. BAULANT y J. MEUBRET, *Prix des Céréales extraits de la Mercuriale de Paris (1520-1698)*, 2 vols., Ecole Pratique des Hautes Etudes, Paris, 1962; Ernest LABROUSSE, Ruggiero ROMANO, y F. G. DREYFUS, *Le prix du froment en France au temps de la monnaie stable (1726-1913)*, Ecole Pratique des Hautes Etudes, Paris, 1970; Ernest LABROUSSE, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, Presses Universitaires de France, Paris, 1944, y *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle*, Dalloz, Paris, 1933.

(41) W. W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth. A non-Communist Manifesto*, Cambridge University Press, 1960 (hay traducción española, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, F. C. E., México, 1963); *The Economics of Take-off into Sustained Growth*, McMillan, London, 1964 (traducción española: *La economía del despegue*, Aguilar, Madrid, 1967). De Rostow son obras más recientes *How All it Began. Origins of the Modern Economy*, Mc-Graw Hill, New York, 1975, y *The World Economy, History and Prospect*, University of Texas, Austin, 1981 (traducción española, *Economía Mundial*, Reverté, Barcelona, 1983); Alexander GERSCHENKRON, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Harvard University Press, 1962 (traducción española, *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1968).

(42) Gerald M. MEIER y Robert E. BALDWIN, *Economic Development: Theory, History and Policy*, John Wiley, New York, 1957; Benjamin HIGGINS, *Economic Development. Principles, Problems and Policies*, 2 vols., W. W. Norton, New York, 1968.

(43) W. A. LEWIS, *Economic Survey, 1919-1939*, Allen and Unwin, London, 1949; *Growth and Fluctuations, 1870-1913*, Allen and Unwin, London, 1973, Charles P. KINDLEBERGER, *Economic Growth in France and Britain, 1851-1950*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1964; *The World in Depression, 1929-1939*, University of California Press, Los Angeles, 1973.

(44) Para una bibliografía sobre la Historia de la revolución industrial inglesa, hasta 1970, vid R. M. HARTWELL, *The Industrial Revolution and Economic Growth*, Methuen, London, 1971.

(45) H. J. HABAKKUK y M. POSTAN, *The Cambridge Economic History of Europe*, 7 vols., Cambridge University Press, Cambridge (Eng.), 1965; Carlo M. CIPOLLA (ed.), *The Fontana Economic History of Europe*, 6 vols., Collins, Bristol, 1972.

(46) Sir John HICKS, *A Theory of Economic History*, Oxford University Press, 1969 (traducción española: *Una teoría de la historia económica*, Aguilar, Madrid, 1974); Alexander GERSCHENKRON, «Mercator gloriosus», *The Economic History Review* (noviembre 1971), (incluido en la edición española del libro de Hicks).

(47) Al esquema de Historia económica contenido en *La Riqueza de las Naciones*, dediqué algunos comentarios con mayor extensión en Pedro TEDDE, «Notas sobre la historia económica de Adam Smith», *Económicas y Empresariales*, 1 (septiembre-diciembre 1975), pp. 120-128.

(48) Sir John HICKS, *Una teoría de la historia económica*, pág. 150.

(49) *Ibidem*, pp. 145-147.

(50) Immanuel WALLERSTEIN, *The modern world-system. Capitalistic agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*, Academic Press, New York, 1974 (traducción española: *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI, Madrid, 1979); en 1980 apareció el segundo volumen de esta obra; André Gunder FRANK, *World Accumulation, 1492-1789*, Monthly Review Press, New York, 1978 (traducción española, *La acumulación mundial*, siglo XXI, Madrid 1979).

(51) Simon KUZNETS, *National Product Since 1869*, National Bureau of Economic Research, New York, 1946; «Long-Term Changes in the National Income of the United States of America Since 1870», en International Association for Research in Income and Wealth, *Income and Wealth of the United States*, John Hopkins Press, Baltimore, 1952, pp. 29-241. Una revisión de los trabajos sobre evaluación retrospectiva de las principales magnitudes de la economía norteamericana es la ofrecida por el propio Simón KUZNETS. «Notes on the Pattern of U.S. Economic Growth», en Edgar O. EDWARDS (ed.), *The Nation's Economic Objectives*, Rice University Semicentennial Publications, Chicago University Press, 1964, págs. 15-35, reproducido en Robert W. FOGEL y Stanley L. ENGERMAN (eds.), *The Reinterpretation of American Economic History*, Harper and Row Publ., New York, 1971, págs. 17-24.

(52) George R. TAYLOR, «American Economic Growth before 1840: An Exploratory Essay», *The Journal of Economic History*, XXIV, 4 (diciembre 1964), págs. 427-444; R. E. GALLMAN, «Gross National Product in the United States, 1834-1909», en *Output, Employment and Productivity in the United States after 1800*, National Bureau of Economic Research, New York, 1966, págs. 3-76; Paul A. DAVID, «The Growth of Real Product in the United States before 1840: New Evidence, Controlled Conjectures», *The Journal of Economic History*, XXII, 2 (junio 1967), págs 151-197; M. ABRAMOVITZ y P. DAVID, «Reinterpreting Economic Growth: Parables and Realities» *American Economic Review*, 2 (mayo 1973), pág. 428-429. Para un examen global del avance en estas investigaciones, vid. Peter TEMIN, *Causal Factors in American Economic Growth in the Nineteenth Century*, Studies in Economic and Social History, McMillan, London, 1975.

(53) Jean MARCZEWSKI, «Buts et méthodes de l'histoire quantitative», *Cahiers Wilfredo Pareto*, 3 (1964), págs. 127-164; «Le produit physique de l'économie française de 1789 a 1913» (Comparaison avec la Grande Bretagne), *Cahiers de l'ISEA*, Serie AF, 4 (julio 1964); «Les variables historiques», *Revue Economique*, 1 (1965), pp. 86-104; J. J. MARKOVITCH, «L'industrie française de 1789 a 1964. Sources et Méthodes», *Cahiers de l'ISEA*, Serie AF, 4 (julio 1964). Una de las críticas más representativas de los historiadores franceses contemporáneos a los trabajos de quienes utilizan el análisis económico explícito y los instrumentos estadísticos para la reconstrucción de la economía del pasado es la de Pierre VILAR, «Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens: 'Histoire quantitative' ou économétrie retrospective?», *Revue Historique*, 474 (abril-junio 1965).

(54) Diane LINDSTROM, «American Economic Growth before 1840: New Evidence and New Directions», *The Journal of Economic History*, XXXIX, 1 (marzo 1979), págs. 289-301.

(55) En España, el artículo pionero sobre la «New Economic History» se debe a Gonzalo ANES. «La 'Nueva Historia Económica' o 'historia econométrica' y sus métodos», *Anales de Economía*, 3.ª época, n.º 1-4 (1969), págs. 239-262. Los primeros trabajos que metodológicamente han sido considerados avanzados de la nueva corriente son de Lance E. DAVIS. «Sources of Industrial Finance: The American Textile Industry. A Case Study», *Explorations in Entrepreneurial History*, IX (1957), págs. 189-203 y «Stock Ownership in the Early New England Textile Industry», *British History Review*, XXXII (1958), págs. 204-222. Asimismo, no sólo por la fecha de publicación, sino por la importancia de su contenido como declaración programática y metodológica de los nuevos historiadores, debe destacarse el trabajo de Alfred H. CONRAD y John R. MEYER, «Economic Theory, Statistical Inference and Economic History», *The Journal of Economic History*, XVII 4 (1957). El primer trabajo de Conrad y Meyer sobre la economía de la esclavitud norteamericana apareció con el título «The Economic of Slavery in the Antebellum South», en *The Journal of Political Economy*, LXVI (1958), págs. 95-130. Ambos fueron incluidos en Alfred H. CONRAD y John R. MEYER. *The economic of Slavery and Other Studies in Econometric History*, Aldine, Chicago, 1964. Las críticas externas al grupo de cliómetras más difundidas son las de Fritz Redlich «New and Tradicional Approaches to Economic History and their Interdependence», *The Journal of Economic History*, XXV, 4 (diciembre 1965), págs. 480-495, «Potentials and Pitfalls in Economic History», *Explorations in Entrepreneurial History*, VI, 1 (1968), reproducido en Ralph ANDREANO (ed.), *The New Economic History*, John Wiley, New York, 1970.

(56) Luis Angel ROJO, «El método empírico y el conocimiento económico», en *Ensayos de Filosofía de la Ciencia en torno a la obra de Sir Karl Popper*, Simposio de Burgos, Tecnos, Madrid, 1970, pág. 99.

(57) Robert William FOGEL, «The New Economic History: its Findings and Methods», *The Economic History Review*, 19 (diciembre 1966), págs. 642-656, reimpreso en Robert W. FOGEL y Stanley ENGERMAN (eds.), *The Reinterpretation of American Economic History*, págs. 1-12. Sobre la aproximación de métodos entre economistas e historiadores económicos, vid Robert E. GALLMAN, «The Role of Economic History in the Education of the Economist», *American Economic Review*, *Papers and Proceedings*, LV, 2 (mayo 1965), pp. 109-111.

(58) Rondo CAMERON. «Has Economic History a Role in a Economist's Education?», *American Economic Review*, *Papers and Proceedings*, LV, 2 (mayo 1965), pp. 112-118.

(59) R. W. FOGEL, *Railroads in American Economic Growth: Essays in Econometric History*, John Hopkins Press, Baltimore, 1964 (traducción española, *Los ferrocarriles y el crecimiento económico de los Estados Unidos. Ensayos de historia econométrica*, Tecnos, Madrid, 1972).

(60) Lance E. DAVIS, «An it will never be literature», reproducido en Ralph ANDREANO (ed.), *The New Economic History*, págs. 75-85.

(61) Lance E. DAVIS. «Professor Fogel and the New Economic History», *The Economic History Review*, XIX, 3 (1966), págs. 657-663.

(62) Los trabajos de HAMILTON y ROSTOW a que me refiero ya han sido citados más arriba. El de T. S. ASHTON, «El nivel de vida de los trabajadores en Inglaterra desde 1790 a 1830» se publicó originalmente en *The Journal of Economic History*, suplemento IX (1949), y está reproducido en F. A. HAYEK (ed.) *Capitalism and the Historians*, Chicago University Press, 8.ª ed., 1969 (traducción española, *El capitalismo y los historiadores*, Unión Editorial, Madrid, 1973, págs. 123-156).

(63) Robert W. FOGEL, «The Reunification of Economic History with Economic Theory», *American Economic Review*, IV, 1 (marzo 1965), pág. 90.

(64) Donald N. McCLOSKEY, «The Achievements of the Cliometric School», *The Journal of Economic History*, XXXVIII, 1 (1978), págs. 13-28.

(65) Douglass C. NORTH, «Economic History: Its Contribution to Economic Education, Research and Policy. The State of Economic History», *American Economic Review*, *Papers and Proceedings*, LV, 2 (mayo 1965), págs. 86-98.

(66) Albert A. FISHLOW y Robert W. FOGEL, «Quantitative Economic History: An Interim Evaluation; Past Trends and Present Tendencies», *The Journal of Economic History*, XXXI, 1 (marzo 1971), págs. 15-42.

En un número de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA dedicado a la Historia económica no podía faltar una perspectiva de la metodología vigente hoy en esa disciplina. Las tendencias últimas de la Historia económica más integrada con la teoría económica y la econometría — aquellas que se designan como «nueva historia económica» o cliometría— son, justamente, el objeto del artículo del que es autor el profesor Patrick O'Brien, del Saint Anthony's College, de Oxford. En él se revisan las principales características de esa corriente historiográfica, los temas de estudio más extensamente tratados, y las limitaciones que la cliometría encuentra para ampliar el objeto de su análisis, así como las posibles vías para superar esos obstáculos. Patrick O'Brien dedica una atención especial a los recientes intentos

por aproximar la Historia económica, identificada como análisis económico de un tiempo pretérito o economía aplicada al pasado, a otros problemas de carácter jurídico e institucional. Ello tiene interés, no sólo para épocas remotas, sino para el período posterior a 1873, aquél que se define como «segunda revolución industrial», para cuyo tratamiento histórico resultan insuficientes los supuestos de la economía plenamente liberal, precisándose, por el contrario, tomar en cuenta las nuevas reglas de comportamiento y adecuación que son contemporáneas al aumento de intervención del Estado, a las nuevas dimensiones y tecnología de las empresas y a la ampliación de influencia por parte de los grupos de poder sociales y económicos.